

Plaza del Cronista Isidoro Valverde

Comenzamos el recorrido en la Plaza del Cronista Isidoro Valverde, ante el busto del mismo realizado por Francisco Alarte. Cartagenero profundamente enamorado de su tierra, estrechamente vinculado a este barrio del casco antiguo que le vio nacer, el 12 de febrero de 1929, en la castiza calle de Saura; de niño, estudió en el Patronato del Sagrado Corazón de Jesús, junto a su casa natal, y finalmente fijó su residencia en la Plaza de la Merced (el Lago), su lugar predilecto. Vivió un tiempo en Madrid como director del Colegio Mayor Jorge Juan en la Universidad Complutense, y como coronel auditor, en la Asesoría Jurídica del Cuartel General de la Armada.

Fue Cronista oficial de Cartagena en dos ocasiones: la primera, en el período 1978-80 y la segunda, desde 1991 hasta su fallecimiento en 1995, y se le nombró Hijo predilecto de la ciudad a título póstumo.

Dejó una valiosísima aportación a la cultura en general, y a la local, en particular, con numerosos artículos y publicaciones, de los que sobresale su *Cartagena entrañable*, libro imprescindible para conocer la esencia y el tipismo de los cartageneros, por lo que se le podría catalogar como uno de los mejores escritores costumbristas del siglo XX.

En la base del busto hay varias placas; una de ellas reza:

He buscado el alma de Cartagena en lo trivial, en lo doméstico, y me he convencido de que es precisamente rastreando en lo humilde, en lo sencillo, como se encuentra el alma de un pueblo.

La otra, que recoge unas emotivas palabras del Cronista, dice así:

... No te digo adiós, tierra mía, Cartagena entrañable. Me despido de ti casi en silencio para no turbarte, pero con lágrimas en los ojos.

Plaza de Jaime Bosch y Calle San Diego. José Martínez Monroy

Aledaña a este espacio, se halla la Plaza de Jaime Bosch. Frente a la Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, popularmente conocida como San Diego, se alza el busto dedicado a José Martínez Monroy, modelado por el escultor José Moya Ketterer.

Monroy, poeta romántico, nació en la casa número 31 de la cercana Calle del Duque, en 1837, residiendo en esta ciudad hasta 1847, año en que murió su padre y la familia se trasladó a Murcia. En 1852 marchó a Madrid, en donde cursó Derecho y Administración en la Universidad Central; allí llamó la atención en los círculos literarios, siendo elogiado por Emilio Castelar o por Hartzenbusch. Enfermo de gravedad, en 1859 se instaló con su familia en La Palma, cerca de Cartagena, y después en esta ciudad en donde murió en 1861, a los 24 años.

En 1926, el Ayuntamiento, presidido por el Alcalde Alfonso Torres, homenajeó al poeta colocando esta escultura. Una comisión murciana se incorporó al acto, y tras el discurso del Alcalde, el escritor y afamado periodista Pedro Jara Carrillo leyó unos versos dedicados a Cartagena y a Monroy:

*Cartagena, hermosa perla levantina
en este joyero del cielo y el mar,
donde tus poetas pudieron hallar
musa siempre moza y siempre divina.
Escuché en mi vega tu trompa marina
de los homenajes con dulce sonar,
y formé unos ramos frescos de mi lar
con rosas de otoño y con toronjina.
Para tu poeta hasta aquí los traje.
Y por si era poco para su homenaje,
también he traído de allá, como ves,
vivo y palpitante de Murcia el blasón:
traigo sus coronas, y mi corazón
para prosternarlo rendido a tus pies.*

[...]

Sin cruzar, frente por frente, podemos ver otro tributo al vate en el inmueble número 32 de la calle de San Diego, en cuya fachada hay una lápida con la siguiente inscripción: *En esta casa falleció el poeta cartagenero José Martínez Monroy. 22 septiembre 1861. El Excmo. Ayuntamiento le dedica este recuerdo en su centenario.*

Plaza de la Merced. Comandante Villamartín

Continuamos el itinerario bajando la Calle San Diego, y a la derecha llegamos a la Plaza de la Merced, también conocida por El Lago. En ella se erige un busto en piedra y bronce dedicado al Comandante Villamartín, realizado por Capuz en 1926. Francisco Villamartín Ruiz de la Peña (Cartagena, 1833-Madrid, 1872) es un clásico de la literatura militar. Autor de interesantes publicaciones entre las que destaca *Nociones del arte militar*, tratado castrense escrito en un limpiísimo castellano y que aún goza de actualidad.

En 1878, la plaza, que no contaba más que con un número escaso de árboles y media docena de bancos de piedra, fue transformada en un bello jardín que el pueblo bautizó como "Lago Salado", posiblemente por una pequeña balsa que se instaló en el centro de la misma. De entonces data su nombre popular. En 1896 se modificó el jardín, que vivió varias reformas hasta llegar a su aspecto actual. Detrás del busto destaca el Palacio de Aguirre, en estilo modernista, obra de Víctor Beltrí, actual sede del MURAM (Museo Regional de Arte Moderno).

Bulevar José Hierro del Real

A la derecha, flanqueado por las Calles del Ángel y del Alto se creó, tras una remodelación urbana para dar acceso al Barrio Universitario, el Bulevar José Hierro del Real, conservando una pequeña parte de la calzada romana que accedía al Antiteatro, ubicado bajo las ruinas de la antigua Plaza de toros del siglo XIX. Al inicio del paseo existe un recuerdo de la ciudad de Cartagena "a su poeta amigo" materializado en una placa en la que podemos leer unos versos suyos:

*Que duerma el que tenga miedo.
Yo quiero vivir en vela.
Alma, ¡cuántos sinsabores
para ver que no estás muerta!*

Se reconocía así la gratitud por la estrecha relación y el cariño que José Hierro (Madrid, 1922-2002) demostró con esta ciudad, sus méritos indiscutibles como escritor, crítico de arte de gran altura, Académico de la Lengua y uno de los mejores poetas del siglo XX, Premio Nacional de Literatura y Miguel de Cervantes, entre otros. Su vinculación con Cartagena se inicia en 1987 con la invitación que se le hizo para formar parte del Jurado del Premio Antonio Oliver en su segunda convocatoria, y se mantuvo hasta el 2002, año de su muerte, cuando días antes asistió al fallo de la décimo séptima edición, además de en otras muchas ocasiones. Tras recuperarse del infarto sufrido en el año 2000 afirmaba que se sentía cartagenero porque aquí había vuelto a nacer.

Plaza de Risueño. Antonio Oliver Belmás y Benigno Risueño de Amador

Seguimos camino a lo largo de la Calle Duque; podemos admirar el edificio número 31, casa natal del poeta Monroy. Un poco más adelante giramos a la derecha desembocando en la Plaza de Risueño.

El 29 de enero de 1903 nació el escritor Antonio Oliver Belmás en el 11 de esta plaza. Con veintidós años publicó su primer libro de poemas, *Mástil*, inscrito en la línea de la Generación del 27; a éste le siguió en 1932 *Tiempo cenital* y en 1947 *Libro de loas*. Conoció en 1927 a la que cinco años después sería su esposa, la escritora Carmen Conde, que llegaría a ser Académica de la Lengua. El mismo año de su boda fundaron la Universidad Popular de Cartagena, que vivió hasta 1936 bajo su dirección y orientación. En 1947, Oliver obtuvo el título de Licenciado en Filosofía y Letras por la Universidad de Murcia y, ya en Madrid, el de Doctor en 1954. Durante este tiempo

ejerció como profesor en distintos Institutos de Enseñanza Media hasta que en la Universidad de Madrid consiguió el cargo de profesor de Literatura Hispanoamericana. En 1963 fue investido Doctor "Honoris Causa" por la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua. Falleció en Madrid en 1968.

La ciudad

La ciudad. La ciudad. ¡Qué deseos de extramuros, de blancos álamos con viento, de molinos sobre el horizonte!

En las afueras ya habrá incendiado el sol esa ventana última.

Vente. Será grato saltar sobre la tierra elástica. Correr. Correr sin rumbo, sin motivo.

Presidiendo la plaza se alza la estatua de la Inmaculada (1954) de Manuel Ardil Robles, con una placa en la que se narra la historia de este espacio:

Esta plaza, formada en el siglo XVII, estuvo rodeada en su origen por edificios destinados a guardar monturas, por lo que fue conocida como Plaza de las Caballerizas, de las Cocheras o de los Caballos. A mediados del siglo XVIII se le llamó Plaza de San José por la imagen del santo que había en una de las fachadas, en esta época llegó a servir de coso taurino y a finales del XVIII se establecieron en ella barracas de venta de frutas que desaparecerían al construirse el mercado de La Merced. En 1884, el Ayuntamiento da a este espacio el nombre del doctor cartagenero Benigno Risueño de Amador.

Es llamativo que el letrero grabado en el suelo indique "Plaza de El Risueño". Aquí estuvo el Gran Cine Sport, de las primeras salas de cine de la Región. En la Guerra civil, durante el bombardeo de las cuatro horas (25 de noviembre de 1936), una bomba cayó sobre la plaza provocando un enorme socavón. Desde este espacio se puede acceder a la Casa de la Fortuna, que muestra una domus romana del s. I a. C.

Calle de la Caridad, Serreta y San Fernando. Ramón J. Sender, Ginés de Arlés y Esteban Satorres

Superando la Plaza y adentrándonos en la Calle de la Caridad, pasaremos por delante de un inmueble marcado con el número 3, que ocupa el solar en el que se erigía el edificio donde nació un 13 de febrero de 1802 el médico liberal Benigno Risueño de Amador, quien tras tener que marchar al exilio en Francia debido a la persecución absolutista, fallecería en París en 1849, dejándonos un importante corpus de literatura médica. En la fachada existió una lápida recordando su lugar de nacimiento.

Este entorno es evocado en la novela sobre la insurrección cartagenera de 1873 de Ramón J. Sender titulada *Mr. Witt en el Cantón*, que salió de imprenta en abril de 1936:

En Escombreras y El Hondón las Cruces de Mayo tenían más importancia que en la ciudad. Lo mismo en el Arco de la Caridad que en la plaza de los Caballos, la Cruz de Mayo no era sino un pretexto para ensayar los rapazuelos la mendicidad y otear las mozas la nueva primavera entre el ramaje cortado, las candelillas y las cartageneras. Bajaban cantaores de Herrerías, a pesar de la canción reiterada todas las noches en la esquina de la Subida a las Monjas por un flamenquillo de voz bronca:

*En la villa de La Unión
dicen que no hay cantaores.
Cuando vino Juan Ramón
cantaban los ruseñores...
y también cantaba yo.*

Según manifestó el autor, escribió la novela en sólo veintitrés días, y tras unos días de corrección, la presentó al Premio Nacional de Literatura, que le fue concedido.

Recorremos la calle pasando ante el antiguo Hospital y la Iglesia de la Caridad, Basílica desde 2010. Es sede de la patrona de la ciudad, la Virgen de la Caridad, representada por una imagen napolitana del siglo XVIII. Numerosos poetas le han dedicado sus composiciones; así lo hizo por ejemplo Ginés de Arlés García:

*Un rosal, Madre sagrada,
ve en tu pecho Cartagena;
una rosa es cada espada,
y cada espada una pena
en tu corazón clavada.*

O el poeta y periodista Esteban Satorres:

*El alma cartagenera
es hoy primavera en flor;
porque ve las siete espadas
de su Virgen, transformadas
en siete cruces de amor.*

Ya en la Plaza Serreta, divisando al fondo el Parque de Artillería, nos desviaremos a la izquierda atravesando la Plaza del Sevillano para salir a la Calle San Fernando, una de las más típicas del casco histórico, que debe su nombre al rey Fernando III el Santo, quien en 1246 concedió a la ciudad el Fuero de Córdoba, regulando la forma de cobrar los botines por mar, la posesión de las salinas y la adquisición de heredades.

Es una larga y estrecha vía peatonal llena de tiendas, muy transitada y cargada de historia. Por una escalera mecánica se puede acceder al Parque Arqueológico del Molinete, más adelante nos encontramos con una imagen de San Fernando colocada en una esquina, y al final de la calle acabaremos desembocando en la Plaza Juan XXIII.

Calle Canales. Arturo Pérez-Reverte

Pasando por la Plaza de Juan XXIII, alegrada por la vistosidad de los puestos de flores, nos mantenemos a la izquierda hasta entrar en la Calle Canales, deteniéndonos en la confluencia de la Calle de la Palma y el Callejón Huerto del Carmen, llamado así por un antiguo convento de frailes carmelitas que disponía de huerta. En la primera, estuvo la casa natal de Carmen Conde, y en el segundo, se encuentra un establecimiento llamado *La Posada de Jamaica*. A él alude el escritor y Académico de la Lengua Arturo Pérez-Reverte, también nacido en esta ciudad, en su novela *La carta esférica*:

Cenaron michirones y huevos fritos con patatas en la Posada de Jamaica, al otro lado del antiguo túnel de la calle Canales. Allí se les unió el Piloto, con las manos manchadas de grasa y la noticia de que la sonda estaba instalada y funcionaba bien. Había rumor de conversaciones, humo de tabaco formando estratos grises en el techo, y Rocío Jurado cantaba de fondo, en la radio, "La Lola se va a los puertos". La veterana casa de comidas había sido reformada, y en vez de los manteles de hule que Coy recordaba de toda la vida, había ahora mantelería y cubiertos nuevos, azulejos, adornos y hasta cuadros en las paredes; aunque la clientela seguía siendo la misma, sobre todo a mediodía: vecinos del barrio, albañiles, mecánicos de un taller cercano, jubilados atraídos por la comida casera y económica. De cualquier modo, como le dijo a Tánger sirviéndole más vino tinto con gaseosa, sólo el nombre del local hacía que valiese la pena ir allí [...]

Se refiere evidentemente a la novela de Daphne Du Maurier, convertida también en película por Alfred Hitchcock. El primitivo local se alzó sobre el convento; con el devenir del tiempo se convirtió en café cantante, donde actuó "Rojo el Alpargatero", y en la Posada de La Lonja y Baños del Carmen. Su nombre cinematográfico es anecdótico: concluida la guerra civil, a este hospedaje de carreteros llegaron unos infantes de marina, "queremos huevos fritos con patatas", solicitaron. Esos días ponían en el cine Máiquez la película *La Posada de Jamaica* (1939), y aquellos soldados, que repitieron noche tras noche, acabaron rebautizando el local por las semejanzas del patio de la posada con las imágenes de la película. En febrero de 1961 desaparecieron las habitaciones y cuartos, transformándose en el comedor de esta casa de comidas.

En el siglo XVII, la Calle Canales era uno de los sitios donde se pregonaba el bando promulgado por la justicia para que las mujeres de mal vivir salieran de la ciudad.

Calle del Carmen. Carmen Conde

Avanzamos desembocando en la Calle del Carmen. A pesar de ser una de las principales arterias comerciales, no empezó a formarse como tal hasta principios del siglo XVIII. La zona era conocida como Arrabal de San Roque, pues desde antiguo existía una ermita dedicada al santo. El arrabal siempre gozó de una gran importancia, no sólo por estar establecidos en él los mesones, posadas, almacenes y todo tipo de comercios, sino porque era la vía de comunicación entre el puerto y la antigua carretera de Murcia. En esta populosa calle se asientan importantes edificios de estilo modernista. Nos encaminamos hacia la izquierda hasta llegar a una escultura de Carmen Conde, a la que Cartagena distinguió nombrándola Hija Predilecta. La estatua, erigida en 2007, año en que se cumplió el centenario de su natalicio, es obra del escultor Juan José Quirós. Enfrente de ella, está la Iglesia del Carmen, en la que se casaron los padres de la escritora y la bautizaron a ella. Así recuerda este entorno en *Destino hallado*:

La cuesta, porque era una cuesta de pocos grados, del camino al faro, desembocaba al volver y comenzaba al ir en un pedazo del ensanche de la ciudad, [principio de la Calle Real] y, precisamente cerca de la Escuela de Aprendices del Arsenal civil [antiguo edificio de la Escuela de Aprendices] y de una institución benéfica, de las muchísimas que van dando trompicones a lo largo y ancho de su existencia [la Casa del Niño]. Después se encontraba una con la calle amplia y casi hermosa colocada bajo la advocación de la patrona de las almas en el Purgatorio [entrada a la Calle del Carmen]. En esta calle estaba la Iglesia donde se casaron mis padres y nos bautizaron a nosotros tres. Había grandes comercios, almacenes al por mayor, edificios altos y cómodos...

Calle Puerta de Murcia. Francisco Cascales

Continuamos nuestro camino pasando por el Palacio Pedreño, de estilo ecléctico. En el centro de la plaza, una escultura de bronce realizada por Manuel Ardil Pagán representa al icue, como se llamaba popularmente a los niños que deambulaban por el puerto, sujetando un boquerón (“aladroque” en la jerga local).

Avanzamos ahora hacia la Calle Puerta de Murcia; en el número 5, vivieron Carmen Conde y Antonio Oliver. Dando unos pasos, alcanzamos el edificio de Capitanía General, construido en 1740 sobre parte de la Casa del Rey o de la Munición, donde se fabricaba pólvora y toda clase de pertrechos de guerra; su fachada actual es el resultado de las reconstrucciones de los siglos XIX y XX. Así la describía el licenciado Francisco Cascales en el siglo XVI:

Esta casa es un fortísimo alcázar, parte labrada de cantería, parte de piedra viva, y parte de ladrillo, murada al alrededor toda a modo de Isla, y por dentro edificada con gran artificio. Hay tres grandísimos patios; sin otras muchas, una muy espaciosa escalera, que por ella suben a caballo hasta los altos corredores. Mucha sala, mucho aposento, retretes, camaranchones, desvanes, pozos, sótanos, bodegas, despensas, almacenes [...] Hay arrimada a esta casa otra ni más ni menos del Rey, donde se hace la pólvora que es la mejor y más fina que se gasta en el mundo [...] La Casa del Rey -dice Cascales- es una Babilonia que pasma el juicio, tanto es su movimiento: Porque suele venir aquí una y otra y otra armada por pólvora, por bizcocho, por provisión, por armas, por artillería.

Cascales, a su regreso de Flandes, escogió esta localidad para su residencia, cuando el Concejo lo contrató como Preceptor de Gramática, y para ella escribió su *Discurso de la ciudad de Cartagena* en 1598.

Plaza de San Sebastián, Calle Jara y Balcones azules. María Dueñas y Leopoldo Augusto de Cueto (Marqués de Valmar)

Seguimos camino en línea recta hasta alcanzar el Monumento al Procesionista, grupo escultórico realizado en bronce por Manuel Ardil Pagán, que reproduce en tamaño natural a un adulto con dos niños vestidos de nazarenos, característicos de la Semana Santa local. Estamos en la Plaza San Sebastián, donde confluyen las calles Jara, Aire, Mayor y Puerta de Murcia. La Cartagena de 1959 es el escenario de la novela *Misión Olvido* escrita por María Dueñas y publicada en 2012. La autora,

aunque nacida en Puertollano, reside en nuestra ciudad. En los párrafos escogidos describe este entorno citando el Bar Americano, hoy desaparecido, y la ficticia farmacia del licenciado Carranza, situados ambos en la Calle Mayor, además del Gran Hotel, que se alza frente a nosotros:

Entre los sudores y la frugalidad alimentaria había perdido un par de kilos y cualquier resto de memoria de la bronca del Bar Americano.

La ciudad le recibió con un sol amistoso. Le tentaron las fachadas modernistas con sus caprichosos balcones de hierro, los miradores blancos que salpicaban numerosos edificios y las calles llenas de gente; le sedujo la luz y el olor a mar. Pero prefirió no despistarse y centrarse en su objetivo: encontrar una farmacia.

[...]

Celebraron un almuerzo con el Mediterráneo al fondo en el Club de Regatas y pasaron después la noche de bodas en el Gran Hotel. Para escándalo de ambas madres y regocijo de Nana, no salieron de la suite nupcial hasta las seis de la tarde del día siguiente.

Pasaremos por la puerta del Gran Hotel entrando en la Calle Jara, para después torcer a la izquierda atravesando la Plaza Tres Reyes, donde se halla el Decumano; a través de un cristal se puede ver la calzada romana enlosada, principal eje de comunicación de la ciudad que enlazaba el puerto con el foro y un recinto termal, espacio visitable desde el Barrio del foro romano. Por la derecha, llegamos a la Calle Balcones azules. El primer edificio que encontramos, haciendo chaflán, conserva una impresionante portada que da a esta calle y fue construido en 1882 para Rodolfo Doggio, que tenía un gran negocio con la minería y con los materiales de hierro para barcos.

En 1778, los propietarios de las casas dieron en pintar de un azul subido los hierros de las ventanas y los balcones, y la gente comenzó a llamarla de este modo. Carmen Conde, siempre recordando sus orígenes, escribió una novela titulada *Virginia o la Calle de los Balcones azules*. Pero el Ayuntamiento, en sesión de 29 de agosto de 1896, acordó por unanimidad que este nombre fuese sustituido por el del Excmo. Sr. Marqués de Valmar.

Leopoldo Augusto de Cueto, Marqués de Valmar (Cartagena, 1815- Madrid, 1901), fue el primer cartagenero en ocupar un sillón de la Real Academia Española, escribió la biografía del conde de Toreno, el drama *Doña María Coronel* -estrenado en el Teatro del Príncipe en 1844-, un estudio sobre el *Cancionero de Baena* y una obra crítica monumental sobre las *Cantigas* de Alfonso X el Sabio. Fue admirado por Menéndez Pelayo, que le calificó como "excelente escritor aun en la prosa de sus despachos, tan correctos y pulcros como su persona".

A nuestra izquierda iremos viendo el Barrio del foro romano conservado en el Parque arqueológico del Cerro del Molinete.

Plaza de San Francisco. José María Álvarez, Isidoro Máiquez y Leandro Fernández de Moratín

Giramos a la derecha por la Calle Ignacio García, accediendo a la Glorieta de San Francisco. En uno de sus laterales, admiramos la imponente Casa Maestre, inspirada en la Casa Calvet de Gaudí. Este espacio es evocado por José María Álvarez en su libro de memorias *Los decorados del olvido*:

Desde 1950, tras la separación de mis padres y unos largos viajes a Barcelona, Madrid y Granada –y la Alpujarra–, me trasladaron a la casa de mi abuelo en Cartagena. Esa casa da a una bella plaza de legendarios árboles y en cuyo centro se alza la estatua del actor Isidoro Máiquez. En ella sucedieron mis años de colegio. De ella recuerdo la biblioteca de caoba con puertas cristaleras (libros de teatro, antiguas colecciones de revistas ante las que yo me perdía soñando paisajes y ciudades y aventuras, la Biblioteca Clásica, el inevitable Cantú y el no menos infalible Madoz), recuerdo un gato llamado «Melgares» en homenaje a un bandolero andaluz, recuerdo una habitación que se me entregó y donde podía poner las cosas como quisiera y cuantas deseara. Los años en la casa de mi abuelo son todo Salgari –que mi madre me regaló en una pequeña colección de volúmenes amarillos y pequeños–, algún Conrad, el Quijote, Saroyan, Maugham, Lajos Zilahi, La isla del tesoro y todos los Stevenson de Austral, las aventuras de la Pimpinela Escarlata, y Defoe, y Swift, y más biografías, y más Historia...

Álvarez, poeta y novelista nacido en Cartagena en 1942, es licenciado en Historia, traductor y autor

de guiones cinematográficos. Fue finalista del Premio Planeta y ganador de los premios La sonrisa vertical, Barcarola y Loewe. De su obra poética destaca *Museo de cera*; como traductor se le debe la obra de Kavafis, los *Poemas de la locura* de Hölderlin, la poesía de Robert Louis Stevenson, T. S. Eliot, François Villon y Shakespeare. En 1990 recibió el Doctorado Honoris Causa por Dowling, New York, gracias al conjunto de su obra. Varias de sus novelas y poemas han sido traducidos a más de veinte idiomas.

Bajo unos enormes ficus, se ubica un monumento obra del escultor Ortells representando a Isidoro Máiquez (Cartagena, 1768-Granada, 1820), considerado el mejor actor de su época. A él dedicó un soneto Leandro Fernández de Moratín:

Soneto a la muerte del excelente actor Isidoro Máiquez

*Tú solo el arte adivinar supiste
que los afectos acalora y calma;
tú la virtud robustecer del alma,
que al oro, al hierro, a la opresión resiste.*

*Inimitable actor, que mereciste
entre los tuyos la primera palma,
y amigo, alumno, y émulo de Talma,
la admiración del mundo dividiste.*

*¿A quién dejaste sucesor muriendo?
¿De quién ha de esperar igual decoro
la escena, que te pierde, y abandonas?*

*Así dijo Melpómene, y vertiendo
lágrimas, en la tumba de Isidoro
cetros depones y púrpura, y coronas.*

Hay una genuina expresión cartagenera que, haciendo referencia a este bronce, dice: "Eres más duro que Máiquez", como sinónimo de cabezota, terco u obstinado.

Plaza de San Ginés de la Jara. María Dolores Bas Bonald

Atravesando la plaza en dirección a la escultura del emperador Augusto, tomamos la Calle San Antonio el Pobre para salir a la Plaza de San Ginés de la Jara, primitivo patrón de Cartagena, recordado en una pequeña imagen de piedra del siglo XVII protegida por una hornacina en la esquina de la Casa del Duque de Nájera. Lugar privilegiado para disfrutar del Vía Crucis del Socorro, que abre la madrugada inaugurando la Semana Santa. Es el desfile más severo y austero; a lo largo de todo el trayecto sólo se escucha un tambor con sordina, no hay alumbrado eléctrico, sólo la luz de la cera ilumina las oscuras túnicas de los penitentes, y los tronos que forman parte del cortejo llevan muy poco adorno floral.

En este entorno sitúa María Dolores Bas Bonald una de sus leyendas de corte romántico. Sobrina del pintor cartagenero Vicente Ros, nació y vivió en la Calle Cuatro Santos, falleciendo en 1930. Sus leyendas las publicó Alberto Colao en la colección Almarjal. La protagonista de *El abrazo del muerto* reside en una casa ubicada en esta plaza, y el relato se desarrolla en esta zona del casco antiguo:

En la plaza de San Ginés de la Jara, en el vetusto caserón que, esquina a la llamada hoy Calle del Duque, es casa-palacio, morada del muy ilustre Don Gonzalo de los Arcos, cuatralbo que fue de los navíos del Rey nuestro señor Fernando VI, ábrese sigilosamente un postigo del claveteado portón, dando salida a una encubierta dama, que, al pasar bajo la hornacina donde la pétrea imagen del artístócrata ermitaño yace, alumbrada por agonizante candileja, se santigua devotamente.

En la calle de las Cocheras del Duque, y en las proximidades del convento de Nuestra Señora de la Merced,

divisa oscilante luz de linterna, seguro anuncio de la ronda de corchetes y alguaciles a los que el Alcalde Corregidor encargara de la vigilancia nocturna de la Villa. Aprieta el paso la desconocida, procurando ocultarse a inoportunos encuentros.

Espiándola nosotros con la mayor cautela, vemos que siguiendo la calle de los Cuatro Santos, se detiene indecisa, ante el lugar donde el culto popular venera a las imágenes de los santos hermanos, Leandro, Fulgencio, Isidoro y Florentina, preclaros hijos de esta noble Ciudad de Cartagena.

Volviendo la vista atrás y convencida de que no la siguen, la tapada emprende decidida la empinada cuesta de la calle Nueva, doblando rápida la esquina de la calle de la Soledad [...]

Calle de Cuatro Santos. San Isidoro y Benito Pérez Galdós

Recorreremos ahora la Calle de los Cuatro Santos. Es una vía estrecha donde se encuentran algunas de las casas más antiguas de la localidad. En el cruce con las calles de la Jara y del Doctor Tapia Martínez, tenemos la aclaración de su nombre: en cada "picoesquina" hay unas pequeñas hornacinas de piedra con dosel, construidas en 1745 y reconstruidas en 1905, donde se guardan las imágenes de los cuatro santos de la ciudad. Cerca, en la Iglesia de Santa María de Gracia se conservan unas tallas de los mismos realizadas por Francisco Salzillo.

Durante la época visigoda sobresalen en Cartagena cuatro figuras: los hermanos San Leandro, San Fulgencio, Santa Florentina y San Isidoro. Este último, conocido como San Isidoro de Sevilla (Cartagena, h. 560-Sevilla, 636) es considerado la figura más ilustre de toda la Edad Media. Logra reunir, por nuevo método, el saber del mundo antiguo para conservarlo y transmitirlo a las nuevas generaciones. Su principal obra es los *Orígenes* o *Etimologías*.

Y aquí recordaremos a uno de los narradores más extraordinarios de todas las épocas: Benito Pérez Galdós. En dos ocasiones está documentada su estancia en la ciudad; sin embargo, no son excesivas las referencias a Cartagena y su entorno en sus obras. En *La vuelta al mundo en La Numancia*, los protagonistas viven próximos a Cabo de Palos y viajan por el litoral Mediterráneo arribando a nuestra ciudad. En otra de sus novelas, *De Cartago a Sagunto*, evoca el Cantón. Alude a la Catedral Antigua, los castillos de Galeras y San Julián y la Escuela de Pilotos Navales.

En *La Primera República* (1911) cita repetidamente calles cartageneras, así en este párrafo en el que alude a Jara y Cañón:

-"[...] En fin, señor; si usted no me manda otra cosa, voy a comer. Cuando los mozos terminemos nuestra faena, me iré al Club. De seguro hablará Cárcelos. ¿Quiere usted oírle y pasar allí un ratito? Yo le acompañaré con mucho gusto, puesto que usted no conoce la población. Es aquí cerca, en la calle de Jara". Acepté gustoso la invitación del simpático mozo, y para hacer tiempo, salí a dar un paseo. Pero como desconocía las calles, puse freno a mis aficiones ambulatorias, tratando de reconocer los lugares por donde caminaba para poder orientarme a mi regreso. Llegué cerca de un edificio que me pareció el Ayuntamiento, vi el arco de muralla que al puerto conducía. En mi paseo me abstuve de meterme por calles laterales, temeroso de perderme.

Invertida en esta corta exploración una media hora, me volví a la fonda, y al poco rato salí con mi primer amigo cartagenero, el cual, conduciéndome por una calle estrecha y algo empinada, abrió el grifo de su locuacidad prolija con estas informaciones: "Esta calle se llama del Cañón... Se lo digo para que se vaya enterando... A mí me tiene usted a sus órdenes siempre que esté franco de servicio en la fonda. Yo me llamo Alonso Criado, para servir a usted, y soy de San Pedro del Pinatar, orilla del Mar Menor. Esta otra calle por donde vamos ahora se llama de los Cuatro Santos... para que usted vaya conociendo la capital de nuestro Cantón. En vez de seguir palante, nos metemos viceversa calle abajo y entramos en la de Jara, donde está el Club".

Barrio de los Pescadores. Arturo Pérez-Reverte

Al acabar la Calle Cuatro Santos, nos desviamos a la izquierda y encontramos un pequeño callejón sin salida rotulado con unos policromados azulejos indicando el nombre: Calle de San Isidoro, y una dedicatoria del poeta Ángel García Bravo:

*A veces, con una pluma
se pueden copiar estrellas*

*y encontrar a Dios, cruzando
los senderos de la ciencia...
Isidoro de Carthago
¡Qué grandeza tu grandeza!*

Estas estrechas y tortuosas callejas próximas a la Antigua Catedral eran conocidas como el Barrio de los Pescadores. Subimos la Cuesta de la Baronesa y viramos a la izquierda por la estrechísima Calle de la Soledad, hasta llegar a un altar en el que se venera una estampa de la Virgen de la Soledad. Así lo recrea un texto de Arturo Pérez-Reverte en *La carta esférica*:

Había subido por la calle del Aire hasta la taberna del Macho. Los peldaños de la cuesta de la Baronesa ascendían hacia las ruinas de la catedral vieja y el teatro romano, entre embocaduras de calles estrechas, casi todas ya desaparecidas, pero cuyo trazado permanecía indeleble en la memoria de Coy. Más allá, el barrio popular de obreros portuarios y pescadores que recordaba apiñado bajo el castillo, con ropa tendida de balcón a balcón, se veía ahora medio derruido, poblado por inmigrantes africanos que miraban, hoscos o cómplices, desde las esquinas [...] De las tascas cercanas salía olor a vino y a boquerones fritos, y una puta solitaria se paseaba lejos, igual que un centinela aburrido, bajo el farolito que iluminaba una hornacina con la Virgen de la Soledad.

Desde aquí disfrutamos de una vista espectacular del Teatro romano, construido entre los años 5 y 1 a. C., durante el reinado de César Augusto. Tenía capacidad para unos seis mil espectadores y estuvo en uso hasta el siglo III, a partir del cual se superpusieron diversas edificaciones. Fue descubierto en 1988 y las excavaciones arqueológicas han logrado sacarlo a la luz para que pueda ser visitado.

Calle del Cañón. Hans Christian Andersen

Desandamos el camino para bajar por la Calle del Cañón. El famoso escritor danés Hans Christian Andersen (1805-1875), conocido sobre todo por sus cuentos para niños, pasó una temporada en Cartagena residiendo en el número 4 de esta calle, en la Casa Spottorno, como indica un señalizador. En su *Viaje por España* nos cuenta:

Arribamos a Cartagena a las cuatro de la tarde; por calles estrechas y umbrosas alcanzamos la fonda francesa que nos habían encomiado tanto.

Por la Puerta del Mar salimos al puerto, que es muy amplio y tiene una profundidad asombrosa; un islote rocoso lo protege del viento... jamás vi un paisaje tan asolado y agreste como aquel; las rocas más cercanas y las que se veían a lo lejos poseían un color amarillo rojizo como polvo de paja. En las montañas hay minas de plata, y en el valle crece el esparto con tal abundancia que dio al pueblo el nombre de Espartaria. ... nos mostraron los enormes astilleros y la magnífica dársena o fondeadero rocoso, tan profundo que daba vértigo. Por todas partes se veían «galeotes» trabajando. El ajeteo se debía, por lo visto, a la esperada visita de la reina.

... El puerto brillaba como un espejo, y el mar, en cuanto abarcaba la vista, en absoluta calma. El vapor Non Plus Ultra esperaba con ondeante bandera; subimos a bordo, y durante varias horas gozamos el panorama de Cartagena y sus montañas peladas como cráteres.

... Era la última noche en Cartagena, la ciudad de Asdrúbal, en ella soñé que caminaba por las profundidades del mar, entre extrañas plantas de exuberante fronda, como las palmeras de Elche, que se enroscaban en mí. Vi preciosas perlas, mas ninguna tenía tanto brillo como el que yo había visto en los ojos españoles. El mar rodaba por encima de mí con la sonoridad de un órgano. Me sentí prisionero del fondo del mar y añoré la vida de arriba, de la superficie, y la luz del sol.

Calle Mayor. Vicente Medina

Continuamos la bajada hasta llegar a la confluencia con la Plaza del Ayuntamiento; a la izquierda, estuvo la "Fonda Francesa" a la que alude Andersen en el primer párrafo del texto que hemos leído, también mencionada por Pérez Galdós en su novela *La Primera República*. Y a nuestra derecha se extiende la Calle Mayor, uno de los principales ejes de la ciudad. En el piso tercero del número 5 residió Vicente Medina (Archena, 1866-Rosario, Argentina, 1937). Poeta y dramaturgo, uno de los

símbolos de nuestra identidad regional, es considerado el mejor autor en lenguaje tradicional murciano; pero sus primeras publicaciones y las más famosas vieron la luz en Cartagena, donde vivió bastantes años (su poema *El Náufrago* y el drama huertano *El Rentó*). La más conocida, *Aires murcianos*, se convirtió en referencia del costumbrismo sentimental y de denuncia social; la primigenia edición fue cartagenera, de 1898, prologada por Azorín. Se reunía con los intelectuales de la época en el antiguo "Café de la Marina" de la Calle Mayor, sede de la tertulia El abanico, y donde se reunieron los cabecillas cantonales para preparar la insurrección; también existió el "Café Suizo", en el que se congregaron escritores como el poeta mexicano Amado Nervo, el peruano José Santos Chocano o Zamacois, y actuó muchas noches Antonio Machín. Y el café "La Palma Valenciana" (luego "Mastia"): aquí ofrecía conciertos animando las veladas el Maestro Álvarez Alonso; una noche del año 1902, al terminar su actuación, enseñó a sus amigos una melodía en forma de pasodoble que había escrito sobre uno de los veladores, se trataba del inmortal *Suspiros de España*.

Vamos a recordar el conocido poema *Cansera* de Vicente Medina incluido en *Aires murcianos*.

*¿Pa qué quiés que vaya? Pa ver cuatro espigas
arroyás y pegás a la tierra;
pa ver los sarmientos rüines y mustios
y esnüas las cepas,
sin un grano d'uva,
ni tampoco siquiá sombra de ella...
Pa ver el barranco,
pa ver la laera,
sin una matuja... ¡Pa ver que se embisten,
de pelás, las peñas!...
Anda tú, si quieres,
que a mí no me quea
ni un soplo d'aliento,
ni una onza de fuerza,
ni ganas de verme,
ni de que me mienten, siquiá la cosecha...
Anda tú, si quieres, que yo pué que nunca
pise más la senda,
ni pué que la pase, si no es que entre cuatro,
ya muerto, me llevan...
Anda tú, si quieres...
No he d'ir, por mi gusto, si en crus me lo ruegas,
por esa sendica por ande se fueron,
pa no volver nunca, tantas cosas buenas...
esperanzas, quererres, suöres...
¡To se fue por ella!
Por esa sendica se marchó aquel hijo
que murió en la guerra...
Por esa sendica se fue la alegría...
¡Por esa sendica vinieron las penas!...
No te canses, que no me remuevo;
anda tú, si quieres, y éjame que duerma,
ja ver si es pa siempre!... ¡Si no me espertara!...
¡Tengo una cansera!...*

Plaza de José María Artés. Los Arróniz

Frente a nosotros, tenemos la Plaza de José María Artés, antes llamada Plaza de las Carnicerías. Fue el lugar más céntrico y concurrido de la ciudad, por estar en ella la reja de la pescadería, puestos de pan, fruta, verduras y las carnicerías adosadas al matadero. Aquí vivió la familia Arróniz, de la que tres miembros fueron escritores: Teresa Arróniz Bosch (Cartagena, 1827-1890) y sus dos sobrinos,

Valentín y Francisco Arróniz y Thomas. Alimentaron en el siglo XIX los periódicos y revistas locales. Dos semanarios, *El Fénix cartaginés* y *Brisas del Mediterráneo*, fueron dirigidos por Francisco Arróniz, que encontró en Teresa y Valentín los más asiduos colaboradores. En el primero publicó Valentín títulos como *Un amor desgraciado* o *Los dos huérfanos*, y Teresa su folletín *El abanico de oro*.

Plaza del Ayuntamiento. Miguel de Cervantes Saavedra

Pasamos por delante del Palacio Consistorial, y en la Plaza del Ayuntamiento, sobre el paño de la vieja muralla veremos unos versos sobre Cartagena escritos por Miguel de Cervantes Saavedra (Alcalá de Henares, 1547-Madrid, 1616). Soldado, novelista, poeta y dramaturgo, es considerado una de las máximas figuras de la literatura española y universalmente conocido por haber escrito *Don Quijote de la Mancha*, que muchos críticos han descrito como la primera novela moderna y una de las mejores obras de la literatura universal. Es durante el reinado de Felipe II cuando Miguel de Cervantes visita varias veces la ciudad, dedicándole después su conocida elegía al puerto de Cartagena, un fragmento del poema *El viaje del Parnaso* (1614), que se puede leer en un azulejo conmemorativo:

*Con esto poco a poco, llegué al puerto
a quien los de Cartago dieron nombre,
cerrado a todos vientos y encubierto.*

*A cuyo claro y sin igual renombre
se postran cuantos puertos el mar baña,
descubre el sol y ha navegado el hombre...*

Muralla del Mar. Ramón J. Sender y Fernando Garrido

Avanzando un poco, a nuestra izquierda arranca la Muralla del Mar construida por orden de Carlos III. En ella sitúa Sender al protagonista de su novela *Mr. Witt en el Cantón*:

En agosto los tres balcones de la casa de Mister Witt estaban abiertos toda la tarde, sobre “la muralla del mar”. En las tardes plácidas y quietas, como aquellas, cada balcón repetía la misma acuarela suave de azules, grises y blancos —mar, cielo, rocas y velas desplegadas—. El paisaje resultaba de una dulzura y de una ingenuidad de estampa antigua. Pero si intervenía Mister Witt, si estaba por casualidad el ingeniero en el balcón, todo tomaba un aire de grabado al aguafuerte.

En el número 17 de la Muralla del Mar nació Fernando Garrido Tortosa (Cartagena, 1821-Córdoba, 1883). Periodista, político, poeta, dramaturgo, viajero infatigable y entusiasta propagador del socialismo, es una de las figuras más singulares del siglo XIX en nuestra región. La popular Alameda de San Antón fue Paseo de Fernando Garrido en 1920, y su recuerdo se ha perpetuado en un Colegio Público de Canteras y en la Federación de Asociaciones de Vecinos de Cartagena. A él pertenecen estos versos:

Carthago-Nova

*De la soberbia cumbre
del áspera montaña, y eminente,
que ilumina del sol la roja lumbre
al sepultarse en fúlgido occidente,
contemplo de mi patria las almenas
del tiempo carcomidas,
y las del mar azul ondas serenas
que yacen adormidas
en calma inalterable
besando el alto monte inexpugnable.*

[...]

Plaza de los Héroes de Cavite y Santiago de Cuba. Miguel Pelayo

Vamos hacia la explanada ajardinada aproximándonos al Monumento a los Héroes de Santiago de Cuba y Cavite, erigido a la memoria de los marinos españoles fallecidos en aquellas aguas combatiendo contra los buques norteamericanos. Inaugurado en 1923 por el rey Alfonso XIII, a los pies del monolito quedaron plasmados en piedra unos versos del poeta Miguel Pelayo (Cartagena, 1880-1957), que en su juventud vivió estas gestas; ese mismo año fue nombrado Hijo Predilecto de la ciudad.

*Patria: pon a este mármol por cimera,
guirnaldas de laurel y hojas de acanto,
engarza en él las perlas de tu llanto,
úngelo con la luz de tu bandera.*

*Ya ves que aún vive la progenie fiera,
del árabe, terror; del turco, espanto;
¡del heroísmo que brilló en Lepanto,
no se extingue el filón en tu cantera!*

*Por tu honor y tu nombre. Patria amada,
en ominosa y trágica jornada,
heróica sucumbió nuestra Marina...*

*Y al honrar, justiciera, su memoria,
¡se yerguen, orgullosas de su gloria,
las sombras de Churruca y de Gravina!*

Puerto. Carmen Conde

Dejando atrás la población, caminamos hacia el mar. Desde la fundación de Carthago Nova hace tres mil años el muelle ha estado ligado a su historia, pues siempre ha sido una ciudad portuaria y ya en época de los romanos fue un importante puerto mediterráneo; además, todas las civilizaciones que han pasado por la ciudad han hecho uso de él. Habiendo sido comercial durante toda su historia, también ha estado ligado al ejército, albergando la sede de submarinos de la Marina española. Actualmente es uno de los mayores puertos comerciales e industriales de España gracias a su dársena de Escombreras y, debido a la benignidad de nuestro clima y a la interesante oferta turística, se está convirtiendo en uno de los más atractivos para las escalas de los cruceros de placer. A la entrada de la bahía se sitúan dos faros, sobre los que escribió Carmen Conde:

*Del faro rojo, al faro verde.
Del faro verde, al faro rojo.
¡He abierto la madrugada, caminando de faro a faro!*